

Comentario de “Crónica dominical [El cinematógrafo]”

En 1896 Luis G. Urbina consiguió un cargo en la Secretaría de Hacienda, pero su mayor trayectoria se encontraba en el campo literario. Como miembro de diversas asociaciones culturales y con escritos publicados en otras tantas publicaciones, su sección “Crónica dominical” en el periódico *El Universal* resultaba una práctica más representativa de su actividad cotidiana y de la transformación de las costumbres en la Ciudad de México, que su incipiente carrera política.

En el texto que nos ocupa Urbina muestra que la novedad del cinematógrafo constituyó un espectáculo impresionante para los capitalinos con acceso a la vida acomodada, que se daban cita en la calle de Plateros. El aparato es elogiado por el autor, más allá de las imágenes que muestra, por la innovación que representó la experiencia del movimiento en las imágenes proyectadas, comparadas con el añejo kinetoscopio. Si bien, los elementos mostrados no eran novedad para los espectadores, acostumbrados a los grabados impresos en los periódicos y a las fotografías, el movimiento fue lo que verdaderamente impresionó a los asistentes.

El autor muestra el anhelo de lo novedoso, la necesidad creciente de los espectadores por experimentar nuevas sensaciones, cada vez más impactantes y que mostraran con mayor dinamismo la realidad lejana. Reclama al kinetoscopio la irrealidad de sus imágenes porque las capturas son prefabricadas, mientras opina que el cinematógrafo muestra “un fragmento de vida”, con todos sus detalles y *sin* artificio. Pese a la falta de sonidos, las imágenes arrebataron a los espectadores de tal manera que su propia experiencia llenó los vacíos de la proyección, a la cual faltó también el color. La novedad del cinematógrafo fue tal que en la crónica de Urbina ocupa prácticamente todo el texto, dejando muy relegada la revista de las óperas que fueron representadas durante esa semana.